



La Santa Sede

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA ROMANA DE SAN SILVESTRE Y SAN MARTÍN

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Domingo 17 de febrero de 1980

1. Queridísimos hermanos y hermanas en Cristo: Dirijo ante todo un vivo y cordial saludo a todos los que habéis venido hoy tan numerosos a este encuentro con el Obispo de Roma. Quiero deciros enseguida cuánto aprecio vuestra presencia, que es ciertamente signo de vuestra fe cristiana y de vuestra comunión eclesial con vuestro Obispo, el Papa, el cual es también Obispo de la Iglesia universal.

Especialmente saludo al cardenal Vicario Ugo Poletti, y al obispo auxiliar de la zona, mons. Plinio Pascoli, que han contribuido eficazmente a preparar esta visita. Mi saludo se dirige después al benemérito párroco, p. Enrico Pinci, y a su comunidad carmelitana, que tanto se prodiga por esta parroquia. Saludo también a los institutos religiosos aquí representados, a las varias asociaciones católicas, al consejo pastoral y al grupo de catequistas.

Sé que en San Martín "ai Monti" hay un gran dinamismo de vida parroquial, por lo que felicitamos a sus varios y celosos responsables. Ciertamente, también hay problemas: por ejemplo, cómo superar algunos elementos de indiferencia, cómo acercar a los llamados "lejanos", el trato más asiduo con los jóvenes, la promoción de iniciativas culturales más continuas, la participación en la vida pública con específicas aportaciones cristianas, la traducción de la propia fe en un cristianismo cada vez más concreto y vivido. Pero estoy seguro de que, con la gracia de Dios, y mediante el compromiso de todos, cualquier dificultad podrá ser superada de manera que produzca frutos cada vez más copiosos y dignos de los discípulos de Cristo.

2. En la liturgia de la Palabra de hoy, nos impresiona sobre todo la comparación *del hombre justo con el árbol*: "Será como un árbol plantado al borde de la acequia: da fruto en su sazón, y no se

marchitan sus hojas" (*Sal 1, 3*). Así dice el salmista. Y el profeta Jeremías, que emplea la misma comparación, añade que este árbol "no teme la venida del calor, conserva su follaje verde, en año de sequía no la siente, y no deja de dar fruto" (*Jer 17, 8*).

Se compara al hombre con un árbol. Y es justo. También el hombre crece, se desarrolla; mantiene la salud y las fuerzas, o las pierde. Sin embargo, la comparación de la Sagrada Escritura se refiere al hombre sobre todo *en sentido espiritual*. Efectivamente, habla de los frutos espirituales de sus obras, que se manifiestan por el hecho de que este hombre "no sigue el consejo de los impíos" y "no entra por la senda de los pecadores" (*Sal 1, 1*). En cambio, la fuente de esta conducta, esto es, de estos frutos buenos del hombre, está en que "su gozo es la ley del Señor" y "medita su ley día y noche" (*Sal 1, 2*).

Por su parte, el profeta subraya que este hombre "confía en el Señor y en El pone su confianza" (*Jer 17, 7*). El hombre que vive así, que se comporta de este modo es llamado en la Escritura *bendito*. En oposición a él está el hombre pecador, a quien el profeta Jeremías compara con "un desnudo arbusto en el desierto" (*Jer 17, 6*), y a quien el salmista parangona con la "paja que arrebatada el viento" (*Sal 1, 4*). Si el primero merece la bendición, el otro es llamado "*maldito*" por el profeta (*Jer 17, 5*), porque sólo confía en el hombre (*Jer 17, 5*), esto es, en sí mismo, y "de la carne hace su apoyo, y aleja su corazón del Señor" (*Jer 17, 5*).

3. Así, pues, la liturgia de la Palabra de hoy tiene un mensaje claro. Trata del hombre. Juzga su conducta. Somete a valoración crítica su concepción del mundo. Toca los fundamentos mismos de donde la vida humana saca su sentido integral. Efectivamente, la integridad de la vida humana *es el camino* que se debe seguir (esta comparación, como se ve, tan antigua, permanece siempre fresca y viva); la vida humana es un camino que hay que recorrer.

"El Señor protege el camino de los justos, pero el camino de los impíos acaba mal" (*Sal 1, 6*).

Esta mirada sobre el conjunto de los problemas humanos, sobre el complejo de la vida, ¿es sólo de ayer? ¿No se pueden aplicar estas comparaciones y estas valoraciones a los hombres de nuestro tiempo? ¿No se refieren también a nosotros?, ¿a cada uno de nosotros? ¿Acaso no se puede repetir al hombre de nuestra época —*época de materialismo* teórico y práctico— que él pone su fuerza en la "carne", es decir, en sí mismo y en la materia, y que mide el sentido de la vida sobre todo por los valores materiales? En efecto, está orientado a "poseer" y a "tener", hasta el punto de perder frecuentemente en todo esto lo que es más importante: aquello, gracias a lo cual, el hombre es hombre, capaz de hacerle crecer como árbol que produce frutos buenos.

4. El hombre debe crecer espiritualmente, madurando para la eternidad. También nos enseña esto la Palabra de Dios en la liturgia de hoy.

"Alegraos en aquel día y regocijaos, pues vuestra recompensa será grande en el el cielo" (*Lc 6*,

23): así recuerda el canto que precede al Evangelio, unido a un gozoso "Alleluia", que desaparecerá en la liturgia de los próximos domingos, porque entramos ya en el período de Cuaresma.

Para madurar espiritualmente hasta la eternidad, el hombre no puede crecer sólo en el terreno de la temporalidad. No puede poner su apoyo en la carne, es decir, en sí mismo, en la materia. El hombre no puede construir sólo sobre sí y "confiar" solamente en el hombre. Debe crecer en un terreno diverso del de lo transitorio y de lo caduco de este mundo temporal. Es el terreno de la nueva vida, de la eternidad y de la inmortalidad el que Dios ha puesto en el hombre, al crearlo a su propia imagen y semejanza.

Este *terreno de la nueva vida* se ha revelado plenamente en la *resurrección de Cristo*; como nos recuerda San Pablo en la liturgia de hoy en el pasaje de la primera Carta a los Corintios. Nosotros crecemos y maduramos espiritualmente (e incluso corporalmente), tendiendo con toda nuestra humanidad a la vida eterna; en efecto, "Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicia de los que mueren" (1 Cor 15, 20): por esto la resurrección de Cristo confiere un dinamismo de crecimiento a la vida todos. Está bien que ya antes de la Cuaresma, la liturgia nos recuerde las verdades fundamentales de nuestra fe y de nuestra vida; de este modo, indica ya a lo que nos prepararemos, en el recogimiento espiritual, durante los domingos y las semanas próximas.

¿Qué significa creer en Cristo? ¿Qué significa creer en la resurrección? Significa precisamente (como dice Jeremías) confiar en el Señor, tener confianza en El solo, una confianza tal que no podamos ponerla en el hombre, porque la experiencia nos enseña que el hombre está sometido a la muerte.

¿Qué significa creer en Cristo y creer en la resurrección? Significa también complacerse en la ley del Señor, esto es, vivir de acuerdo con los mandamientos y las indicaciones que Dios nos ha dado, mediante Cristo. Entonces somos como ese árbol que, plantado junto a la acequia y fertilizado por ella, da fruto: fruto bueno, fruto de vida eterna.

La resurrección de Cristo se ha convertido en la fuente del agua vivificante del bautismo, de la que debe brotar toda la vida de un cristiano en crecimiento hacia la eternidad y hacia Dios.

5. Como se ve, el contenido de la liturgia de hoy es muy rico y nos hace pensar mucho. El hombre está situado *entre el bien y el mal*, y en este contraste crece y se desarrolla espiritualmente. Crece como un árbol, pero, al mismo tiempo, muy diversamente de él. Su crecimiento y su desarrollo espiritual dependen de sus decisiones y de sus opciones. Dependen de la libre voluntad, del estado de su conciencia, de su concepción del mundo, de la escala de valores que guía su vida y su comportamiento.

Y por esto, también nosotros, que creemos en Cristo y pertenecemos a su Iglesia, *debemos*

preguntarnos siempre a nosotros mismos: los valores que nos guían, ¿están realmente conformes con nuestra fe? La concepción del mundo, que aceptamos cada día, ¿acaso no está construida sólo sobre la "carne", sobre la temporalidad? ¿Corresponde nuestro comportamiento a la verdad que confesamos? ¿No es conformista? ¿O hipócrita?

También Cristo Señor en el Evangelio de hoy hace esta contraposición. Por una parte, proclama las bienaventuranzas, y por otra, pronuncia los "ay". ¿En qué parte nos encontramos? ¿Nos importa que el Reino de Dios nos pertenezca (cf. *Lc 6, 20*), o más bien queremos tener todo nuestro consuelo ya en esta vida (cf. *Lc 6, 24*)? ¿No deseamos, tal vez, solamente esto?

6. Demos gracias a Dios por esta visita, queridos hermanos y hermanad, feligreses de San Martín "ai Monti"; Dios os recompense a todos. Hagamos juntos todo lo posible para no alejarnos de Cristo, para consolidar en El nuestra vida. El tiempo de Cuaresma nos ayudará de nuevo en este propósito. Son abundantes los recursos de la gracia y del amor de nuestro Señor, y ellos hacen, ciertamente, que podamos crecer como árbol que da fruto. Tendamos la mano a estos recursos con nuestra fe y nuestra confianza en Cristo Jesús.